

# Buen viaje, compañero

JAIME ALEJANDRE

J*e*i

COLECCIÓN empero



**CERMI**

COMITE ESPAÑOL  
DE REPRESENTANTES  
DE PERSONAS  
CON DISCAPACIDAD

**S**  
ediciones  
cinca





COLECCIÓN empero

Nº.14

Buen viaje,  
compañero  
JAIME ALEJANDRE

**CERMI**

COMITÉ ESPAÑOL  
DE REPRESENTANTES  
DE PERSONAS  
CON DISCAPACIDAD

**S**  
ediciones  
cinca



## COLECCIÓN empero

Dirigida por Luis Cayo Pérez Bueno

PRIMERA EDICIÓN:

Diciembre, 2018

© DE ESTA EDICIÓN:

CERMI

Ediciones Cinca, S.A.

© DEL TEXTO:

Jaime Alejandre

TÍTULO ORIGINAL:

*Buen viaje, compañero*

© ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA:

*Ternura*, Oswaldo Guayasamín. Óleo sobre tela, 135 x 100 cm. 1989

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La responsabilidad de las opiniones expresadas en las obras de la Colección Empero editadas por Ediciones Cinca, S.A., incumbe exclusivamente a sus autores y su publicación no significa que Ediciones Cinca, S.A., se identifique con las mismas.

DISEÑO DE LA COLECCIÓN:

Juan Vidaurre

PRODUCCIÓN EDITORIAL,

COORDINACIÓN TÉCNICA

E IMPRESIÓN:

Grupo Editorial Cinca

c/ General Ibáñez Íbero, 5A

28003 Madrid

Tel.: 91 553 22 72.

[grupoeditorial@edicionescinca.com](mailto:grupoeditorial@edicionescinca.com)

[www.edicionescinca.com](http://www.edicionescinca.com)

DEPÓSITO LEGAL: M-37087-2018

ISBN: 978-84-16668-67-0

# Buen viaje, compañero

JAIME ALEJANDRE



COMITÉ ESPAÑOL  
DE REPRESENTANTES  
DE PERSONAS  
CON DISCAPACIDAD



“Los seres humanos son valiosos porque otros los valoran,  
y no en virtud de cualquier otra característica”.

(Avishai Margalit, “La sociedad decente”)

“El poder de la humillación para destruir a todos  
y todo lo que se encuentra en su camino  
la convierte en la bomba nuclear de las emociones”.

(Evelin Lindner)

# Índice

<i>I</i> .....	9
<i>II</i> .....	11
<i>III</i> .....	13
<i>IV</i> .....	15
<i>V</i> .....	17
<i>VI</i> .....	19
<i>VII</i> .....	23
<i>VIII</i> .....	27
<i>IX</i> .....	31
<i>X</i> .....	37
<i>XI</i> .....	41
<i>XII</i> .....	43
<i>XIII</i> .....	45
<i>XIV</i> .....	49
<i>XV</i> .....	51
<i>XVI</i> .....	55
<i>XVII</i> .....	59
<i>XVIII</i> .....	63
<i>XIX</i> .....	67
<i>XX</i> .....	71
<i>XXI</i> .....	81



## I

El día que quise ver morir a mi hijo. Llega la hora en la que solo queda entregarse a la rendición. Sabedora hoy de que no es lo mismo rendirse que fracasar.

Pero, ¿entonces? Entonces me reconocí emigrante contra mi voluntad, desposeída de todo. Pobre de solemnidad pero nada solemne. Patética. La que se arroja de la patera sin siquiera la esperanza de alcanzar el otro litoral sino apenas la destrucción. En la que una no toma parte contra sí misma, porque la ruina le viene dada por la fuerza inmisericorde de la naturaleza, del destino.

Entonces. Entonces comprendí lo que sucede a quien inadvertidamente cultiva un cáncer en su cuerpo. Taimado crece a la velocidad precisa que lo oculta. En su enmascaramiento busca ser, al final, inevitable. Ese cáncer se va alimentando en sepulcral (sepulcral, claro) silencio. Fagocitando al ser en el que se ha instalado. Te habita, indeseado visitante dispuesto a destrozar tu hacienda. A ti misma. Incluso al precio de su propia desaparición.

Entonces. Entonces. Entonces aprendí la sibilina acción de zapa de la rutina en un matrimonio. Esa venganza de termita del desamor que va royendo las crujiás del corazón. De ambos corazones a un tiempo. Para resolver en polvo, polvo ya no enamorado, en serrín, en virutas, lo que fueran años de amor, de pasión, de sueños compartidos.

Entonces. Entonces. Entonces. Entonces se instruyó mi cerebro en la inútil sabiduría de que el hormigón de la presa construida por especuladores, no podrá soportar la última acometida de la presión del agua acumulada. Habrá aguantado durante algunos años la avenida de las corrientes de ríos y torrentes. Pero el hormigón *desarmado*, deteriorado por la codicia de los ingenieros, los capataces, los obreros, los contratistas, los cementeros, cada uno llevándose su parte de comisión del pastel de la avaricia, ese hormigón, al final, se resquebrajará con una sola gota de agua más. Una sola. La estructura habrá soportado la presión de lluvias, de nevadas, de granizos. Pero un día, un día, una simple, inadvertida gota, provocará la catástrofe. Saltará en cascotes todo el embalse. Y las aguas, inclementes, arrasarán cuanto encuentren a su paso.

Entonces. Entonces. Entonces. Entonces. Entonces, un día. Un día, ese día. El día en que en mi corazón arraigó el cáncer, la termita, el fraude. El día en que deseé con todo mi amor ver morir a mi hijo.

## II

Gabriel, como ocurre con todos los que nacen, no nació el día en que lo di a luz. Ese día solo nació para los otros; para su padre, su hermana Estela; para el mundo al completo con sus músicas y sus amaneceres, sus guerras y traiciones.

Gabriel, en realidad, nació mucho antes en mí. Aquella tarde. Volviendo del trabajo compré el test de embarazo. Ya en casa el cambio de color de un diminuto círculo me dijo lo que tanto había deseado en los últimos once años. Los que acababa de cumplir tu hermana Estela. Miré en mis pensamientos aquellos once años. Los observé como en la sala de exposiciones temporales de un museo. Vistos así, de un solo golpe, me parecieron algo pequeño, manejable. Sin embargo, la inmensidad de sus horas, lo abrumador de su dimensión real, se resistía en mí al olvido. Emanciparme de los meses tras meses y meses de inyecciones, pruebas, seminogramas, incenti-vaciones de la ovulación, inseminaciones artificiales, fecundaciones in vitro. Y vuelta a empezar. Ciclos seguidos de ciclos. Ciclos que recomenzaban irguíen-

dome, irguiéndonos Javier y yo del fracaso integral. Porque vivíamos en el universo del absoluto, el todo o nada. La geografía de nuestras horas se delimitaba cada cuatro semanas entre el Cabo de Buena Esperanza y el Archipiélago del Naufragio.

Sentada en la tapa del váter de mi casa. Ya ni me sentía ridícula, ni sucia, ni loca. La infinita lentitud con la que aquel insignificante círculo cambió de color, confir-mándome embarazada, me desembarazó de once años de tempestad despiadada, del monzón de la desesperanza. De ese cúmulo de arenas que es la injusta sensación de un fracaso del que yo nunca asumiría ser responsable.

Responsable. Por no pronunciar la otra palabra con la que tantos te insultan desde sus ojos de alimañas. No, yo no había sido culpable. Javier no había sido culpable.

Ni siquiera pude llorar de emoción, Gabriel, al saberte ya nacido en mis entrañas. Simplemente elevé los ojos hacia el techo, donde el yeso se unía en un rincón con los azulejos. Un extraño lugar donde antes, igual, sentada, escondía mi tristeza. Suspiré, creo, sintiendo que en aquel hálito, por fin doble, se perdía en el aire un peso inaguantable que inexplicablemente mi frágil cuerpo había sido capaz de soportar. Y te nombré. Antes de salir a contárselo a tu padre, a tu hermana, al universo todo, te nombré. Gabriel, nacido en mí.

### III

Después, sí, naciste para el mundo. Tras los nueve meses de nuestra callada conversación. Aquellas horas nuestras en exclusividad en que oímos el mismo tamborileo del dúo de los corazones, nos alimentábamos de la misma sangre, nos guiñábamos los ojos en una sinfonía a cuatro manos, nos mandábamos mensajes con los codos, las rodillas, mis caricias, tus dulces patadas.

Ya en la sala del paritorio, alistada al fin entre las huestes del ejército de la realidad, las miradas de conmiseración. También los ruines mudos no pronunciados: *“te lo dije; se lo dijimos”*. Cuarenta y cuatro años recién cumplidos para recibirte, Gabriel. Yo reclamándote en mi pecho. Los médicos, los auxiliares, revoloteando en el silencio trágico de los lugares donde la clemencia se ahoga entre frases blindadas como tanques, con tecnicismos. Como si lo abstruso de unos términos pudiera colmar de objetividad lo que solo puede ser subjetivo; cubrir de asepsia lo que es la infección mortal de la esperanza y del amor.

Yo reclamándote para mi pecho, para mis senos, para que mi piel tibia calentara la tuya, aterida, salido ya del refugio de mi útero. Yo llamándote, Gabriel. No hijo mío, mi hijo, sino Gabriel, dadme a Gabriel.

Pero la doctora, los enfermeros, huyendo del insoponible dolor acusador de tu nombre. Amparados, refugiados. No como tú, Gabriel, en mi placenta ahora rasgada, sino ocultándose en que no haya nombres. Por Dios, que no haya nombres. Lo que no se nombra no existe, no ha existido jamás. Pero ignoran todos que también sin palabras nombran las miradas. Bautizan las miradas. Las de espanto, las de excusa, las de acusación, las de compasión, las de lástima, las de compunción, las admonitorias, las apocalípticas, las redentoras. El museo de horrores de las miradas donde ninguna falta para que ni una sola palabra ponga nombre. Por Dios, que no haya nombres. Porque el hijo no vivirá.

Pero viviste.

## IV

El desgarró de mi grito no conmovió las órbitas de los planetas. No alteró la creación sincrónica de remotas galaxias, en ese mismo instante en plena explosión atómica. El desgarró de mi grito no alteró las líneas escribiéndose en los diferentes ordenadores de la planta del hospital, ni el tráfico abajo, en la avenida; ni el partido de fútbol que correspondiese; ni las declaraciones engañosas de un concejal corrupto.

Pero al fin conseguí, Gabriel, que te pusieran en mi pecho, que nos miráramos sin vernos. Yo porque lloraba. Tú porque tenías los párpados cerrados al mundo y al porvenir. Nacido ya fuera de mí, comenzaba para ti la dimensión inexplicable del futuro. Nos mirábamos sin vernos.

Acaso alguna vez, si vivieras, conseguirías distinguirme entre los destellos de luz.

Buscabas mi pezón. Sin ver mis lágrimas. Y eran de amor. Lo juro. Nublaron para mí tu rostro y volvimos a

ser iguales, como cuando estabas en mi vientre y compartíamos la sangre, el oxígeno, las ilusiones. Así que nos miramos entonces sin vernos, pero tras nueve meses de entrevernos, nos sabíamos el uno al otro sin mirarnos.

Lágrimas de amor, lo juro. Desdibujando como bajo la lluvia tu rostro en mis pupilas. Ese rostro tuyo, Gabriel, que todo lo había contado a los hombres y mujeres uniformados en sus batas impermeables, ignífugas, acorazadas. Tu rostro de niño no nombrado por ellos. Tu rostro, que también se lo dijo todo a Javier, tu padre. Allí parado sobre su espanto, aún lo era. Tu padre.

## V

Callados. Todos. Callados. Pero, de repente, como si ese exceso, esa sobredosis de silencio pudiera perturbar la estabilidad universal, o alcanzara a amenazar de pensamiento, palabra, obra y omisión el justo devenir del tiempo de los vivos; de repente, todo se volvió palabra. El silencio, alicatado de vacío, quedó extinguido entre nosotros. Con vocación de serlo, silencio, para siempre.

Pero no.

Consultas, hospitales, análisis, pruebas, punciones, tratamientos. Ni un segundo de soledad en casa. Visitas relevándose como centinelas en la fortaleza de avanzada. La primera que atacan siempre los bárbaros, los invasores.

Yo firme junto a ti, Gabriel. Gabriel superviviente. La sociedad entera compungida porque sí, porque es lo que se espera de ella para con nosotros. Como si hubiera sucedido una desgracia. Tú victorioso; yo dócil. Por ellos. Y tú, mi niño, acogido en mis brazos, yendo a donde yo

fuera. Qué ibas a hacer, mi bebé, sino dejarte llevar. Hospitales, centros de salud, o sea, de enfermedad, oficinas administrativas, bancos, farmacias, gabinetes psicológicos. Ni un instante para la soledad, para el silencio. Tampoco afuera del hogar. No sucediera que naufragáramos.

¡Qué sabrían ellos! Pero nosotros aceptando de buena, de única gana, y con mejor gesto, sus esfuerzos de amparo y defensa. Nos visitaban tan pronto como regresábamos del peregrinaje de las instituciones. Yo intentaba huir un poco de ellos, los bienintencionados, apenas por estar a solas contigo. Pero ni por la noche. La familia, los amigos. Hasta se turnaban en casa, en la cruzada de hacer frente común con todas las armas del cariño contra la enemiga soledad. Porque pensaban, creían, que en la soledad se enmascara siempre, se atrinchera siempre la desesperación.

## VI

Sin embargo, es el trascurso del tiempo el que oculta agazapado en su interior un enemigo peor que la desesperación. Siempre presto a la emboscada. El paso de los días es un caballo de Troya del que es imposible escapar. Dentro oculta el descuido, el desinterés que acaba por conducir al abandono.

No quiero ser injusta ni demasiado severa. Quién no habría claudicado. Quién no nos habría dejado seguir ya solos. Quién no habría necesitado librarse de la asfixiante atmósfera que generan a su alrededor los días exactamente iguales. Idénticos en cada minuto de que se componen. Las horas repitiéndose provocan una especie de mareo narcotizante. Entonces la gente se va dejando llevar como la brizna por el remolino hacia el desagüe. Un sumidero que, lejos de ahogar, libera a quien engulle. Gracias a su corriente, quien ha sido absorbido, puede después fluir hacia el océano. Libre al fin del peso de la responsabilidad.

Quién no habría puesto fin a tanta espera. Al menos, a partir de que las palabras precisas pretendieran, con su

exacta pronunciación, haber creado la realidad. Y al crearla, desposeerla de su carga.

Sí, muchos meses trascurrieron, pero al final, entre varios equipos de doctores, te pusieron apellido, hijo mío, mi Gabriel. Un diagnóstico preciso. A veces es lo único ya que necesitamos para conciliar el sueño. Un apellido con todas sus letras, con profusas explicaciones médicas, sintomatologías comparadas, expectativas de vida en la asepsia de los porcentajes, previsiones de apoyo y de necesidades, direcciones de asociaciones de iguales o parecidos.

Entonces sucedió que el mundo a nuestro alrededor, nombrado definitivamente lo innumerable, se sintió liberado. Libertad para seguir su propio camino cada uno, sus ilusiones. O no ilusiones.

La soledad ya no era una amenaza. Al parecer. Porque teníamos papeles, Gabriel, hijo, anamnesis, analíticas, prescripciones, embalajes de medicamentos caligrafiados, formularios de admisión en más de una asociación. La soledad ya no era una amenaza.

Y entonces los amigos, los compañeros, aquellos que no nos dejaban ni a luz ni a sombra, preocupados por lo que pudiéramos hacer desesperados; todos aquellos, recibieron de sí mismos, aliviados, la manumisión. Libres de culpa, satisfechos y cumplidores con las más elementales leyes de la compasión, regresaron a sus rutinas, trabajos y familias. Los más cariñosos se apuntaron en sus agendas digitales una nota con alarma para cada martes recordar-

les que existíamos y poder mandarnos un mensaje preocupándose por nosotros. Semanalmente al principio; después el primer martes de cada mes. Al final en fechas señaladas como antes de vacaciones de verano o el de diciembre, Día Internacional de la Discapacidad. Un mensaje escrito mecánicamente a la vez que se abre la pantalla de la página de música con que alguien va a pasar la mañana laboral. Nada que reconvenirles por ello, conste. De corazón. La vida es personal e intransferible. Cada uno tiene y debe tener la suya. Otra cosa es enfermiza.

Lo dicho, la soledad ya no albergaba amenazas en sus oscuros recovecos. Ni siquiera cuando Javier, tan vigoroso él, tan divertido, tan tan lo que fuera, decidió decidir que no podía seguir ascendiendo una montaña sin cima. Porque las perpetuas nubes le ocultaban la cumbre. Y la ocultarían hasta el último de los días contados de nuestro universo, Gabriel. Y chomskiano él, Javier, sabedor de que lo que no se nombra no existe, borró concienzudamente (repito, él era muy “tan tan”, casi con todo), borró con chorros de arena a presión, el grafiti que sobre su propia carne decía “padre”.

Allí, aún parado sobre el intacto espanto que se le había instalado en el corazón muchos meses atrás, en el paritorio; allí mismo, en el umbral de la puerta de una casa que ya no sería más la suya, sino solo la nuestra; allí, Javier ya no lo fue. Tu padre. Puso rumbo a su vergüenza, sin ella, y se marchó. Se marchó de sí mismo hacia un lugar donde el tiempo le quemaría el único soplo vital que da vida a los humanos, la dignidad, ardida para siempre en su cobardía.



## VII

Estela sí que fue, que es, tu hermana. Aunque cuando cumpliste siete años y ella entró en la universidad, se fue a la de La Laguna, en Canarias, poniendo 1959,8 kilómetros y un océano de por medio.

Ni un reproche. Se lo merecía sin duda. Se lo había ganado con la profusión de amor y generosidad con que cubrió tus difícilísimos juegos, tus penosos paseos, tu soledad sin amigos, Gabriel.

Mucho más cerca se fue tu padre. Y sin regreso. Apenas al barrio vecino. Pero edificó, impecablemente, con simpleza digna-indigna de asombro, una distancia con nosotros de naturaleza galáctica.

Sin padre y sin niños amigos, Gabriel. Mejor, porque tener un padre no significa que se construya una familia; y porque la crueldad infantil es el ácido más corrosivo jamás inventado. Pero también el filial amor, el de tu hermana por ti, fue el dulce más embriagador nunca imagi-

nado. Ella sí construyó conmigo la familia. Además, aunque viva en Canarias, siempre está presente en tu vida, de un modo u otro, con una entrega absoluta. Y eso que los hermanos no se eligen. Te tocan y no hay ninguna ley humana, divina, natural, que obligue a querer a un hermano.

Pero tú, Estela, derrochaste ese amor. Desde la hora en que me ayudabas a vestirlo, hasta el exasperante momento de las comidas. Después el baño, atenazadas ambas por el miedo a que se nos cayera. Y la meticulosa paciencia para enseñarle a andar erguido...

Luego fuisteis juntos a tu mismo colegio. Inclusión, o integración, lo llamaban. La cosa solo duró hasta que Gabriel cumplió seis. Ya entonces era más que ridículo pretender que su presencia en clase no fuera otra cosa que un aprendizaje. Pero para los otros niños, no para mi hijo, navegando él entre frustraciones y acosos.

Entonces lo escolaricé ya en un centro de educación especial. Pero ese último año que aún viviste con nosotros, hija, todos los días me acompañaste a recogerlo. Y siempre que tus horarios de bachiller te lo permitían, también íbamos las dos juntas a llevarle al colegio.

Cantando en el coche, Gabriel, con esos balbuceos suyos trufados de palabras sueltas. Me recordaba a mí misma de jovencita canturreando “aguachi guachi”, en un inglés falso, inventado apenas desde la homofonía, por decirlo así, con el idioma original de la canción. Pero en sus ojos chinillos, la felicidad de saberse Gabriel uno con-

tigo y conmigo. Y, sin saberlo, ni saberse, uno más también con Bob Dylan o con Queen.

En casa, ayudarle a asearse, a comer, a acostarse, a jugar, a manejar sus entumecidas manos, fue algo que compartimos con una especie de devoción no enfermiza. Pronto cosechamos las mieses de nuestro esfuerzo, el nuestro y el suyo, claro. Poco a poco, Gabriel fue ganando autonomía. Cada día era capaz de hacer más cosas, casi por sí mismo. También así ganó felicidad. Aunque a nosotras feliz nos pareció desde que aprendió a reconocernos, superados paulatinamente sus iniciales deslumbramientos oculares.

Incluso, los fines de semana que tenías que pasar con tu padre, Estela, telefoneabas a Gabriel. Yo ponía el auricular en su oído. Seguramente no entendía mucho. Pero en cuanto identificaba la voz de su hermana, la cara se le iluminaba. Tanta luz de pureza que yo podía apagar las luces de la casa hasta la hora de acostarnos. Ni una sombra en nuestro hogar.

La voz de Javier, hijo mío, no te produjo nunca reacción alguna. Será porque jamás te llamó. Pensaría que no ibas a saber decir nada. Tonto tú. Tal vez no debería contarte esto. Pero las cosas como son. Edulcorar no está de moda. Aprovecho entonces el tirón “0 % de azúcares añadidos”.

Desaparecido en alta y baja mar. *Missing in action*. Javier. Ni por tu cumpleaños, ni por Navidad. Hasta hace un par de años. Cuando reapareció de resucitado lázaro

cuerpo por tu veintitrés aniversario. Un desconocido para ti. Había renunciado a tu custodia, sin inmutarse, a la primera, con desinfectante asepsia. Impecable. Aunque por lo menos jamás se jactó de ello, ni pretendió dárselas de magnánimo con nadie. Tampoco ante su actual pareja, con la que disfruta en feliz, despreocupada coyunda, hace quince años. Si no llevo mal la cuenta.

En fin, nada que nos haya inquietado demasiado, Gabriel, hijo. Lo de que no se encargara de ti ni un solo día, o lo de su nuevo matrimonio. No nos afectó porque, ya lo he dicho, mucho antes de todo y todo, él ya había decidido decidir ser Javier, no tu padre. Lícita elección para un humano. Solo se vive una vez. Y entonces no hubo custodia, ni patria potestad, ni patria potestad, ni Cristo que lo fundó que importara.

Que le importara.

## VIII

Hablando de Cristo, viene a cuento confesar. La idea dicha, una de lo más original. Los humanos solo viven una vez. Para haberme matado con el aserto. Pero por eso, porque solo se nos permite protagonizar una representación en el teatro del mundo, resulta que, cuando la Fortuna nos extravía, el desamparo nos empuja a buscar “los contrarios”. Tan pronto como nos sabemos perdidos, pensamos que ir en dirección opuesta a la que hasta entonces habíamos seguido nos conducirá a la salvación. “Los contrarios”. No solo los enemigos, a los que podemos acusar de nuestros males y vengar la rabia en ellos, sino los contrarios, antónimos de nosotros mismos, por así decirlo.

El creyente se hace ateo irredento. Con inquina, con un odio al Creador para el que no hay medida imaginable. El ateo acude abierto en canal, en carne viva-muerta, al dios que sea, buscando un consuelo imposible a sus sufrimientos. Más imposible es ninguna explicación. Por eso estos ateos se acogen en la divinidad. En el amparo de los contrarios. Porque la fe prescinde de las minucias

científicas, que en nada reconfortan. La fe pasa de las vanas de la realidad con olímpica destreza.

Eso sí, para que estas transfiguraciones en contrarios, en antípodas, ocurran, siempre ha de mediar una desgracia. Los que compraron el boleto premiado no cambian de bando, claro. Porque su éxito reafirma sus convicciones y creencias anteriores. Si no fueran como son, si no lo merecieran todo, amén, amén, no les habría tocado la lotería.

Lo nuestro, Gabriel, no fue una lotería, aunque matemática, científicamente hablando, dejando la fe en sus altares, lo cierto es que las probabilidades de que te sucediera lo que te ocurrió eran infinitamente menores que acertar el Gordo de Navidad. Pero también es incomparablemente arcano por qué miles de millones de iris, de pupilas, son diferentes. Y lo seguirán siendo en la inacabable historia de esta humanidad de fieles descreídos y de agnósticos que un día creen, precisamente, “creen” ver una luz que les explica lo imposible. Así que no es hora de ponerse a juzgar a nadie.

De modo que, puestos a confesar, como decía, Gabriel, te confieso que yo perdí la fe. Renqueante ya era, pero la infamia que Dios había hecho contigo me llevó a despreciarlo tanto como para creer, ahora sí, creer, con inquebrantable fe, que Dios no existe si algo así puede ocurrir. Ocurrirte a ti, mi niño.

Ahora, años después, y tras mucho seguir creciendo yo dentro de mí, tú dentro del universo, he comprendido

mi error, hijo. Pero no es el de que Dios exista o no exista. Mi penoso error fue creer infamia lo que se te había hecho. Sin comprender entonces que no puede haber infamia alguna, ni ninguna grandeza tampoco, ni nada de nada en ello. Nada diferente entre tú y el resto de los humanos de cualquier condición. Porque el hecho verdaderamente inexplicable y milagroso, es vivir.

Lo único importante es la vida. Tú estás vivo. Vives. Vives. Yo vivo. Estela vive. Javier vive. Tú vives, Gabriel. Entonces, ¿no ha de ser todo celebración? ¿Quién pretende estar autorizado por quién o por qué para dictar cuáles son los mimbres exactos que componen a una persona? Te miro, Gabriel. Me embriaga tu infinita ternura, tu generosidad pura, que nunca espera nada a cambio, ni siquiera reconocimiento. Tu intuición sensible, que se adelanta a lo que va a suceder. Como los pájaros con su silencio anuncian la lluvia que vendrá. También observo a tantos otros, ruines, incapacitados para dar un amor como el tuyo. Minusválidos ellos, sí, tullidos del corazón. Entonces es cuando de verdad pienso en la infamia. Y en los motivos para agarrar por el cogote a Dios, arrojarlo a la tierra, pisotear su engrimiento, su derroche de ignominia.

Pero me digo, ¿qué tendrá que ver Dios con crear a los hombres y mujeres? Podrá haber creado los ríos y los montes, los océanos, las plantas, el milagro incomprensible de la lluvia. Pero, ¿a ti, hijo mío? No, a ti te creé yo. No ningún Dios.

Y por eso, o ni por eso, solo porque sí, que exista o no exista Dios, nada importa.

Hoy he sabido extirpar de mí ese rencor absurdo. Ese rencor que envenena, no al que lo causa sino al que lo sufre. Porque sin fe, o con ella, o como sea, hay algo que sé, que siento. Y nada lo puede cambiar. Tú existes, Gabriel, hijo mío. Yo te creé.

## IX

El curso del año en que habías cumplido dieciocho decidí concederte que hicieras lo que me llevabas pidiendo tanto tiempo. Ir solo, en un autobús público, al colegio. Durante el verano habíamos estado ensayando. Primero encargándome yo de todo. Después poco a poco dejándolo en tus manos.

Recorrer las dos manzanas desde casa hasta la parada. Comprobar en ella que el autobús que llegara fuera exactamente el de la línea que tú debías coger. Hacer la señal de parada. Subir. Conmigo detrás pero sin interferir en nada. Saludar al conductor. Esto era importante, para que, quien fuera, supiera que habías subido a su vehículo y que ibas solo. Luego sacar tu abono del bolsillo y comprobar que la maquinita pitaba al acercarlo a ella, señal de que se había registrado tu viaje. Me preocupaba, tal vez demasiado, que un revisor descubriera que no habías picado tu billete, aunque fuera por error o por despiste, y tú no supieras explicar (ni a él ni a ti mismo) lo que hubiera podido suceder.

Siguiendo con nuestro ensayo general, tenías que ir entonces hacia el fondo del autobús, pero nunca hasta el mismo final sino intentar encontrar un asiento cerca de la puerta. Para poder bajarte en tu parada sin complicaciones. También habías aprendido a dejar tu asiento a alguna persona mayor o a alguna mujer embarazada que pudiera aparecer y no tuviera sitio libre. Esto igualmente tenía gran importancia. Era tu único modo para demostrar a la gente algo que con casi toda seguridad, ignorarían: que eres un niño, un jovencito ya, como ellos dirían, “normal”. Algo diferente de la mayoría de ellos, pero normal. Teniendo en cuenta el infinito número de seres humanos habidos en el mundo, cada uno de su padre y de su madre, definir “normal” se hacía una empresa imposible. Peor aún, algo ridículo. A no ser que se diga que todo lo es. Normal.

Ya en tu asiento, o de pie, bien agarrado a alguna de las barras, y cerca de las puertas de salida, te enseñé a reconocer el itinerario. Esto se te daba de cine. Mucho mejor que a mí, que era capaz de desorientarme, y hasta perderme, en el mismísimo pasillo de nuestra pequeña casa. Pero tú, ciertamente, con una sola vez que fueras a algún lugar, reconocías el camino a cualquier hora del día o de la noche, con lluvia, niebla, eclipses u obras municipales. Lo dicho, “normal”. ¿Quién lo es, quién no lo es?

Los días de nuestros simulacros ibas identificando los cruces, los edificios, las calles, mucho antes que yo. Me lo anunciabas por adelantado. En esto estaba tranquila. Llegarías a tu colegio sin problemas.

Luego ensayamos a pulsar el botón de solicitud de parada y comprobar que se encendía adelante la lucecita que lo indicaba. Colocarte frente a los peldaños. Y dejar pasar a alguien, para no ser el primero en bajar. Pero no a todos, para tampoco ser el último. Descender escalones siempre te ha costado y renqueas algo todavía, desde que aprendiste a andar tú solo. Había que evitar las prisas de algún conductor del autobús que no mirara bien por el retrovisor, y que tú aún estuvieras bajando de él cuando fuera a cerrar las puertas y arrancar tirándote al suelo. Mejor no bajar el último.

Por fin, ensayar el corto trecho a pie hasta tu colegio. Luego el regreso, fijándote bien en que la parada de vuelta no es la misma que la de llegada y ni siquiera está enfrente sino en otra calle más arriba.

En fin, a la primera lo hiciste de perlas. Mi última instrucción: *al salir de clase vuelve a casa sin entretenerte*. “Volver del ccccooole ccccooomo un ccccoooohete, mamá, ya lo sé. Ccccooonfía en mí”.

En fin, tras los ensayos, demasiados según me echaste en cara, llegó por fin el gran día.

Tu hermana, que es la mejor jovencita del mundo, se vino desde Canarias para estar juntas contigo *el día de los días*, el de tu primera salida en solitario.

Había llegado el sábado por la mañana y se quedaría con nosotros hasta el lunes, después de que regresaras del colegio.

Ese fin de semana estuvimos todo el tiempo leyendo historias de exploradores los tres juntos. De Amundsen poniendo la bandera de Noruega en el Polo Sur. De Mungo Park navegando el río Níger ante Tombuctú. De Neil Armstrong descendiendo de su pequeño autobús sideral en la mismísima luna. Jamás olvidaré aquellos dos días. Estela tampoco.

Por fin amaneció el lunes. Te ayudé a vestirme. Ya no querías que también lo hiciera tu hermana. ¡Estabas tan mayor! Intenté repeinarte pero tú, con tu mano buena, tu mano mejor, te deshiciste mi flequillo. No solo te vi más guapo, lo reconozco, sino que de repente me di cuenta de que hasta parecía que habías crecido.

Cogiste tu mochila, tu billetero con algo, poco, de dinero, tus carnés, el abono transporte, y dos tarjetitas. Una con la dirección de casa y mi teléfono; otra con los datos del colegio. Por si tenías que pedir ayuda a alguien pero de repente no te salían las palabras. Algunas veces te sucedía. Cuando te bloqueabas. Enmudecías.

Ya en la puerta de casa nos besaste. Solo entonces me di cuenta de que no sabía que decirte. Salías solo por primera vez de nuestro hogar y no tenía ninguna frase preparada. Pero supongo que por las muchas lecturas de conquistadores del fin de semana, simplemente te sonreí. Y, sin pensarlo, te dije: "*Buen viaje, compañero*". Me devolviste una sonrisa tan bella, tan amplia, tan cómplice, que me sentí la madre más feliz y orgullosa de la tierra.

Cuando después de comer te vi regresar a media tarde, “sano y salvo”, mi niño, mi niño grande, siempre y por siempre niño, tú solo, descubrí que aquella sonrisa franca, limpia, tuya era, además, tan duradera como solo el amor verdadero persiste. Regresabas a casa con tu mismo gesto de felicidad en el rostro. Tus ojos chinillos irradiando la luminosidad del descubridor de las tierras más lejanas.

Aunque casi no podía resistir las ganas, no abrí la puerta hasta que llamaste al timbre. Te abracé, nos fundimos como no se puede ni se podrá jamás explicar con palabras humanas. Los abrazos son lo único que podremos llevarnos al paraíso cada uno de nosotros cuando todo lo demás lo tengamos que dejar atrás.

Tu hermana también se lanzó a besarte. Ya tenía ella preparado su propio equipaje e inmediatamente se iría al aeropuerto. *“Ahora que has ccccooombprobado que tu hermanito tonto ha sabido cccóóóómo volver sano y salvo a casa, te vas, eh, hermanita, cccóóóómo eres”*, le dijiste, con tu sorna particular. Ella disimuló muy malamente sus lágrimas diciendo *“sí, tontito tú. Ya querrías...”*.

De inmediato, igual que por la mañana contigo, en el umbral despedimos a tu hermana. Nos besamos y, nada más traspasar ella el quicio de la puerta de nuestra casa, con tu mano mejor apretaste el hombro de Estela y dijiste: *“Buen viaje, ccccooompañera”*.



## X

Lo de Javier, que decidió decidir no ser tu padre, es para nota. Suspenso cum laude, en concreto. Mira que fue un buen tipo en su momento. En sus “los buenos momentos”. Para esos sirve hasta el asa de un cubo.

Pero desde que “decidió decidir” yo creo que se desnortó. Igual lo hizo adrede, para que le perdonáramos los dos la idiotez, pues de lo otro solo le valdría perdonarse a sí mismo. Y nones. Imposible. Ni con todos los sicólogos del mundo, Argentina incluida, deconstruyéndonoslo pieza a pieza y volviéndolo a ensamblar. Desmontando el puzle de su cerebro y el rompecabezas, o sea, el rompecorazonas del músculo sin sentimientos que en su pecho empezó a bombear una sangre coagulada y de ofidio más bien tirando a fría. No por casualidad también se utiliza el dedo corazón, sarcásticamente llamado cordial, para hacer un gesto nada cordial pero sí muy ajustado a la verdad en el caso del *buen* tipo Javier, que decidió decidir.

Pues bueno. Ya había sido una perla flipante de tragar el que, ocho años después de hacer mutis por el foro de

nuestras vidas, fuera a “rehacer” su vida amorosa con una mujer de mi misma edad y demasiado parecida a mí. Cualquiera como él aprovecha la huida para enamorarse de una veinte años menor o quince veces más rica. Pero Javier no, él, tan original, se fue a vivir el resto de su vida con una especie de clon, un avatar mío.

Pero no era eso lo que quería contar aquí, sino el “otro” suceso. La repanocha. En fin, que ha ido y se ha muerto. Con un par. Cincuentaicinco años, once sin ver a Gabriel ni en fotos, sin pasarle ni un euro, y va y la palma a deshora. Deshora suya. Que ya no va a poder ni arrepentirse, ni reconciliarse con su hijo. Ni nada de eso que uno hace cuando por vez primera se ve asomar a la vejez sin caretas, y con ella a su vicaria, la muerte, también sin máscaras. Cuando estas dos *hijasdeputas* retiran las nieblas del egoísmo de nuestro entendimiento, acabamos por comprender que hay que redimirse a uno mismo. Como sea. Y a tiempo.

Pero como él se ha muerto antes de lo que le tocaba, ni siquiera ha tenido la oportunidad de ver llegar a la Decrepitud y a la Parca, eso, a tiempo y contratiempo, para enmendar sus muchos reproches. Y perdonarse a sí mismo.

Vaya, que estoy espesa hoy. Tampoco es esto lo que quería escribir aquí. Que lo que me tiene patidifusa es que se ha ido a morir de un infarto. Un ataque al corazón. No me jodas. Y sin avisar previamente a los doctores y fisiólogos más eminentes del ancho mundo para que pudieran estudiar, debatir, lanzar hipótesis, argumentarios,

conjeturas en relación con el gran acontecimiento de la medicina contemporánea.

A saber. Según la taxonomía de Linneo, unánimemente aceptada desde hace casi trescientos años, la de su *Systema naturae*, un ejemplar (muy poco ejemplar, sarcasmo aparte otra vez), un espécimen del reino Animalia, filo Chordata, subfilo Vertebrata, clase Mammalia (en esto sí acierta, mamón de primera que fue), orden Primates (lo está retratando el Linneo este), parvorden Catarrhini, familia Hominidae, tribu Hominini, subtribu Hominina, género Homo, especie Homo Sapiens, subespecie Homo Sapiens Sapiens. Abreviando, un Ser Humano, en concreto nuestro Javier, que no tuvo ni tiene ni tendría jamás corazón de haber vivido más y más años, fue a sufrir un infarto de miocardio. De su muy suyocardio.

Ya le dijeron al Cid: *Cosas tenedes, que farán hablar las piedras.*



## XI

No sé, Estela, Gabriel, hijos, si leeréis estas notas que voy escribiendo erráticamente. Pero a mí me hacen bien. El zasca que acabo de meterle al ya difunto Javier, padre que fue tuyo, Estela; nadie ni nada que fue de ti, Gabriel, sé que es un comentario cruel. Despiadado incluso. Espero que a vosotros no os cause dolor. Lo cierto es que a mí me ha dado por reír. Y mucho. Siento que haya fallecido, pero la ironía de que haya sido de un ataque al corazón me ha podido, lo reconozco. Como que me merecía escribirlo.

En fin, el resto de notas que llevo recogidas, y las que seguramente seguiré redactando, espero que, si al final las leéis, os sienten tan bien como a mí ésta.

No todo va a ser angustia en nuestro mundo. Porque además no lo es. Real es que pasamos ratos, digamos, “delicados”, pero la mayor parte de nuestras horas juntos es tiempo de amor, de inocencia. Momentos dotados de una beneficiosa lentitud contrapuesta al estrés artificial en el que sobrevive nuestra civilización abotargada. No tener ni un segundo para recapacitar, de eso se trata.

Pero las dimensiones de nuestro tiempo juntos, son otras muy distintas. Todo está comenzando siempre, nada termina. No tenemos sensación de repetición y hastío, sino de profundizar cada vez más en nosotros mismos. Gracias a que todo nos sabe a nuevo cuando volvemos a jugar, a hablar, a quedarnos sin hacer nada, acariciándonos en el silencio de la tarde. Porque cada día tuyo, Gabriel, es el primer día, sin fingimientos, desde lo más hondo de tu inabarcable corazón.

Por eso los tres, Estela, tú y yo, podemos vivir cada amanecer como lo que es en verdad. Un nuevo e irrepetible día en el que sentirnos a veces colmados de la felicidad de estar vivos.

## XII

El logopeda nos lo advirtió. Llegarías a hablar “casi” perfectamente. Con mucho, mucho esfuerzo. Pero en casa ya sabemos que no es casualidad que Gabriel signifique “Fuerza de Dios”. Todo en ti se resume en esfuerzo incansable. Esfuerzo, esfuerzo. Pundonor.

Pero el médico nos avisó. Siempre queda algún vestigio imborrable. Según una amiga mía, mística ella, pero tan buena gente que habría que clonarla, esos dejes y esos latiguillos que quedan en el habla de algunas personas son, en el fondo positivo de las cosas, señas de identidad que el propio niño conserva inconscientemente tras tratamientos y terapias. Como un vínculo con su anterior yo, tan auténtico como el nuevo, el que sabrá pronunciar “casi” todo.

Para Gabriel, la marca, el hilo de conexión con su voz personal anterior, fue la sílaba “co”. Al pronunciarla, “co”, al principio de una palabra, se encasquillaba siempre, en una especie de tableteo de ametralladora: “ccccoooo...”. Y aunque a Estela y a mí, de corazón, nunca nos pareció

ridículo, a él le causó bastante tristeza. Más incluso que toda la “lentitud” que le caracterizaba: su mano vaga, su renqueante pierna, su pensamiento demorado.

Al menos hasta que cumplió los dieciséis. Cuando decidió que las cosas muy ajenas a su ser y su entorno no le importarían más, ni le afectarían en absoluto. *¿Que se ríen de mí por cccóóóómo hablo?, pues que se ríen. Eso es cccooooosa suya... Yo sé quién soy. Solo yo lo sé. Y mejor reírse que llorar.*

Y dicen que tiene una discapacidad. Profunda. De eso sí me río yo. Pero con ganas.

### XIII

Saberse una un día miembro de una familia de iguales no siempre te blinda el corazón contra el dolor, la incomprensión; contra la sensación asfixiante de soledad.

De alguna arcana manera siempre se está solo en lo esencial. Acompañados podemos encontrarnos en lo accesorio. Pero en lo sustancial de la existencia, lo que toca el alma, una siempre está sola.

Aunque sería ridículo renunciar de antemano al confort de compartirte. Por vicario que pueda ser el bienestar que recibas al sentir que otros son como tú.

Recuerdo el primer día en el que me atreví a “confesarme” ante una madre de la Asociación. Indudablemente me sentí aliviada, como cuando una se descarga de un pesado mueble que lleva de un lado para otro buscándole un lugar en donde quepa. Más aún, me sentí perdonada. Por mi imposible pecado. Cuando la escuché decirme a su vez que ella tenía los mismos deseos. Muy en el fondo de su estrujado corazón. Que su esperanza

era exactamente la misma mía. Ella tampoco soportaba la idea de que su hija, autista profunda, quedara en manos de otra persona cuando ella muriera. Y eso que tenía marido y dos hijas que habían jurado hacerse cargo de su hermana si ella faltara. Pero, ¿si todos desaparecían un día?

Hablamos entonces del amor y sus insondables vericuetos. Hablamos del amargo sarcasmo, producto de las mejoras sanitarias en nuestro país en los últimos decenios. Envidiábamos a las madres de hacía medio siglo, cuando sus hijos discapacitados no las sobrevivían porque morían antes de cumplir los treintaicinco o cuarenta años. Pero ahora, con tantos tratamientos, tanta atención temprana y tardía, con tanta inclusión social y nuestros hijos yendo y viniendo por las calles y hasta trabajando, su esperanza de vida se había alargado de tal modo que poco se diferenciaba ya de la de los otros, los “no-enfermos”.

Pero, ¿qué sentido tenía alargar tanto el dolor? El suyo, el nuestro. Esta sociedad obsesionada con la longevidad, con librar al ser humano de la muerte, abocaba a la más atroz de las situaciones emocionales. A desear la muerte de nuestros propios hijos antes que la nuestra. Para salvaguardarlos del último y más brutal de los dolores. Como si fuera poco el dolor que ya habían heredado en su nacimiento. Porque aún, entonces, les quedaría el de la soledad.

Claro que en la Asociación también encontramos a quienes pensaban y sentían de modo muy diferente a no-

sotras. Quienes habrían dado cualquier cosa por morir ellos y ellas, padres y madres, cuanto antes. Unos por liberarse al fin de tanta angustia, de tanto agotamiento; de tanta vergüenza también algunos. Por descansar definitivamente otros. No pocos por odio y desesperación. Y por esa naturaleza de la venganza que siempre anida en lo más íntimo de quien desea la propia muerte y la lleva a cabo.

Pero yo me sentí aliviada en la complicidad de aquella otra madre. Cuantas veces coincidíamos en una asamblea o en un acto, nos mirábamos mucho más allá del fondo de nuestras retinas desgarradas, por sabernos indígenas de una misma tribu incomprensible para los biempensantes. Esos autonombrados justos jueces que más que ampararnos nos rodeaban con sus armas arrojadas en ristre, nos asediaban con las catapultas de sus juicios prestas al ataque. Nos sentenciaban sin código, leyes ni autoridad, pero lo hacían. Investidos, ¿por quién, por qué?, de capacidades condenatorias. Dejando caer sobre nuestras enfermizas cabezas de inhumanas y proscritas, todo el peso de los prejuicios. Execrables madres nosotras que deseábamos más la muerte de nuestros propios hijos que sus vidas sufrientes y su soledad. La de nuestros hijos.



## XIV

A menudo pasas varias semanas recluido en tu cama, Gabriel. A la fuerza. Esta vez el arrechucho de tus huesos ha sido más fuerte. Llevas tres meses. Postrado. Es la palabra. Pero siempre me ha espantado el término. Cursi y brutal a un tiempo. Postrado, postrar, postración. Eso no tiene nada que ver contigo. ¿Desaliento, tú? ¿Rendirte, tú? ¿Quitarte el vigor y las fuerzas, a ti? ¿Humillarte, tú; humillarte, a ti? Y una mierda. Estás tumbado. Es mucho el dolor, pero tú lo resistes. Nunca una queja. Y cuando superas estos episodios regresas a la “normalidad”, incólume. Como un superhéroe de película americana. Sin heridas, apenas unos rasguños para demostrar lo que pasaste, pero tú erguido y solemne.

Y yo te lo digo, eso, que eres un “superhéroe incólume”. Y tú te ríes de mí, pronunciando a tu manera mi pedante palabrería: *ccccóóólume*. Risas. *Vuelta al ccccooole, madre*. Risas. *Si me ccccooompraras un ccccoooche de una vez, ccccooonducía yo, mamá. ¿Ccccóóómo lo ves? ¡Ccccooomo un campeón*”. Risas.

Tantas que puedo llorar sin que te preocupes por mí. Siempre lo haces. Por todo y todos aquellos que sientes frágiles, al margen de tu propia precariedad. *¡Qué bien poder andar otra vez, mamá! ¡Nos vamos de ccccooompras? Tú y tu ccccooojito...*

Pero yo sé. Tú sabes. Llegará un día en el que ya no podrás levantarte. Y como tú lo sabes, te aprendes de memoria las características y funcionalidades de las sillas de ruedas que se anuncian en la revista de la Asociación. Por tus ojos sé que en vez de pensar en los obstáculos que vamos, que vas a encontrarte, piensas en pintarla de rojo, como un Ferrari. Risas.

Por cierto, de la Asociación hemos recibido una respuesta a un correo que yo no he mandado. ¿Quién habrá sido, pillastre?

Así que “vamos” a ir a un aeródromo a montarnos en una especie de avión-cometa para hacer vuelo sin motor. ¿Qué se te habrá perdido a ti por esos cielos de nadie, ni de dios? Nada, no se te ha perdido nada. Exactamente lo contrario. Porque son tuyos los cielos, el universo entero. ¡Vayamos entonces a encontrar!

Toda tu vida la reconozco como un encuentro. ¡Cómo deberían seguir tu ejemplo, Gabriel, todos los tediosos habitantes de este enfermizo planeta! Y, del fruto de tus manos, entorpecidas por la fortuna, ¡cuánto para aprender de ti, hijo mío! De la dimensión infinita de tu voluntad de “hacerlo”.

## XV

Tu llanto. El mío. Tu incomprensión. En mí, la germinación del tóxico deseo. El de que mueras, Gabriel, antes que yo. Por favor, Dios, dios. Por favor Luz, Energía, Cristo, Alá, Buda, Yahvé, Shiva, Marx, Dólar, Fosforescencia. Os lo ruego, os lo suplico. Ciencia, Ilustración, Internet. Santos. Santas. Derviches. Gurús. Chamanes. Cristales de cuarzo. Ondas y Corpúsculos. Por todo lo más sagrado del Orden y del Caos universal, galáctico, sideral.

Por favor, sea la compasión sobre nosotros dos. Sobre ti, indefenso, para que la injusticia y la maldad del mundo no te toquen. Sobre mí, para que, tú, Gabriel, mi hijo, hijo mío, mi amor, la luz de mi existir, mueras antes que yo. Que sea yo quien me quede sola en esta tierra.

Por favor, creadores de la realidad y las palabras, os lo imploro. Que yo vea morir a mi hijo, que yo quede tras él, que no se vaya su madre antes, dejándolo desamparado. Ni aunque esté su hermana, que lo adora. No. Que Gabriel muera en mis brazos, que no sea para él el desamparo.

Hoy, hoy es el día en que ha brotado en mi corazón, donde reposaba latente, la semilla. Ha brotado lo inconcebible. Una madre que desea, con todo el amor de su pecho, la muerte de su hijo. Algo tan atroz como para que en ningún idioma humano haya palabra que lo nombre. Huérfano, sí. Viuda, sí. Pero, ¿qué conjunto de letras es capaz de definir lo innombrable? La madre, el padre que han perdido a un hijo.

Y, sin embargo, os lo suplico. A vuestra conmiseración apelo. Que Gabriel muera antes que yo, que yo lo sobreviva.

Tu llanto. El mío. La incompreensión más absoluta en tus chinillos ojos. La germinación en mi pecho del emético deseo de tu muerte. Defenderte, cuidarte, ampararte, protegerte.

Tu llanto. El mío. La tarde que regresaste del colegio, mudo, desgredado, manchada tu camisa de pisotones, rotos tu mochila y tus deberes, escupido con espantosos gargajos tu cabello, robados tu reloj y los cordones de tus zapatos, para hacerte andar ridículo, como un pato vencido, como un avestruz borracho.

Infames, monstruos, bestias, sanguinarios, bárbaros, carniceros. Malnacidos. Vosotros sí, malnacidos, malparidos, minusválidos. Vosotros sí, minusválidos, abortos, subnormales, vosotros sí. Monstruos.

¿Quiénes sois? ¿Qué sois? ¿Qué objeto inanimado, sin alma sois? ¿Quiénes habéis pegado a mi hijo? ¿Quiénes

sois los que habéis intentado humillarlo? Sin saber que mi hijo Gabriel ha vivido cada segundo de su feroz existencia por encima de toda humillación, en el entusiasmo de la dignidad de vivir. Dignidad, una palabra ignorada por vosotros, mierdas, mierdas.

¿Qué habéis sentido vosotros, piedras inertes, cantos sin brillo, que al reiros de Gabriel, al insultarle, al tirarle al suelo, al escupirle, al burlaros de él, al obligarle a caminar como un soldado marcando el paso, al ridiculizarle imitando el cacareo de una gallina, cuando aún, tuvo el pundonor de arrancarse a deciros “*ccccooooo no me dejéis en paz...*”? ¿Qué satisfacción de gusanos os ha causado subiros a caballito de mi hijo? ¿Qué alegría de babosa romper sus deberes, caligrafiados con un esmero que ni soñáis ver un día en vosotros mismos, desternillándoos por su letra? ¿Cuánto os habéis carcajeado al retorcer su mano agarrotada, al bajarle la bragueta, al quitarle al final los pantalones mofándoos de su sexo? ¿Qué? ¿Por qué?

Me tiraría desde el balcón para dejar de escuchar estas preguntas que me atormentan. Pero has de morir tú antes, hijo, para que ni un día apenas quedes aquí solo, desamparado en esta jungla.

¿Cómo acallar en mi cerebro las preguntas? ¿Cómo? ¿Dónde estaban los otros? ¿Qué hicieron, qué no hicieron? Los transeúntes, los puntuales ciudadanos que pasaron a tu lado mientras los monstruos te vejaban. Y no movieron un solo dedo, no alteraron su camino, no pararon su prisa.

Miedo, puto miedo. Solo giraron sus cabezas para desviar la vista y seguir habitando sus artificiales paraísos de tedio y alienación. Solo pensaban en llegar a casa a tiempo del partido.

Callad, callad, preguntas, dejadme en paz. Solo llorar, no pensar, no interrogarme. ¿Es demasiado lo que ruego? Os exhorto, malditos pensamientos míos: alejaos de mí, dejadme con mi llanto. Con mi deseo.

Mi deseo. Mi misión en la vida. Muere, Gabriel. Muere, hijo mío. No sufras, no enfermes. Solo muere, hijo mío.

## XVI

Sería injusto ocultar aquí que además de todos aquellos malvados que se burlan de ti, que te vejan a diario; también, además de aquellos que se compadecen de ti tratándote como si fueras un vegetal sin voluntad, o un corderito sin pasión, sin memoria, ni entendimiento, sin alma; además de los que se avergüenzan de la humanidad completa personalizada en ti, y se abochornaban por mí y por ellos mismos; además de los que nos rehúyen en las aceras como el que se espanta ante una araña inmensa; además de todos ellos, actores protagonistas y principales de la Inmensa Maldad del Mundo; también hay incontables personas que te tratan como iguales, que es lo que sois, somos, iguales. También innumerables son los que te regalan su amor, una sonrisa, su solidaridad, o su tiempo, apoyándote. Viendo en ti a un hombre, no a un enfermo. Porque no estás enfermo siempre, solo a veces, como cualquiera. Pero cuando tienes uno de tus fuertes ataques y tienes que ir unos días en silla de ruedas, algunos te saludan sin apuro por la calle. A ti, no al objeto que te transporta. Que para ver hay que saber mirar. Y cuando alguien no sabe hacerlo, tú comprendes

que no te ve a ti sino a tu silla de ruedas. Aceleras entonces el “paso” de tu rodar por el difícil empedrado de los bulevares. Envuelto, abrigado en tu serenidad, porque sabes que más difícil que esquivar los obstáculos de las calles, es sortear el adoquinado de las obtusas mentes de demasiados.

Vuelvo a dejarme abducir por los malos, pero quiero que confirmes en tu alma lo que ya conoces. Incontables son las personas que te respetan, te ayudan. Gabriel, hijo mío, es a ellas y solo a ellas a quienes debes tener en tu conciencia y en los sueños de tu porvenir. A esas personas clementes de corazón, cuya bondad es de pensamiento, palabra, obra y omisión. También como el que peca.

Te preguntarás a menudo, como yo, por qué hay gente que hace cosas malas a los otros. Por qué el acoso escolar, las violaciones, las declaraciones de guerra, los muros contra los inmigrantes... Pero intenta convencerte de que la decencia prevalece en el universo. De otro modo, al fin y al cabo, la vida humana se habría extinguido en esta tierra irremisiblemente hace mucho. O poco tiempo.

Sin embargo, el miedo me posee, Gabriel, lo confieso. Me atenaza, me coloniza cuando te veo adentrarte a solas en la ciudad, alejándote de mí, incapaz yo de defenderte en todo lugar y a cualquier hora. Y ya sé que tú mismo me dices que no es mi misión, ni la tuya, defendernos el uno al otro, sino solo querernos. Pero no sé cómo se despelleja una misma del miedo. Porque es un aerosol que empapa cuanto cubre. De tal modo, que el dulce mador

de nuestra propia piel, al final no se puede diferenciar de la humedad que es apenas tósigo. El miedo se inocula en nuestra médula y en nuestra sangre. Por ellas llega al corazón y al cerebro, convirtiéndonos en esclavos.

Y yo, claro que no quiero fallarte, hijo mío. Deseo darte el único regalo indispensable que puede ofrecer una madre, la libertad. Pero no sé. No lo consigo. Te ato a mí. Me ato a ti. Como un suicida de la voluntad que se resiste a claudicar pero no lo consigue, fracasa. Y en su fracaso deja de bracear en medio de la galerna. Pero al estar encadenado al otro, con su propia y sola desesperación, lo arrastra hacia el fondo del océano. Hasta ahogar consigo al ser más querido, al que precisamente había jurado salvar de todo mal.

¿Soy yo, entonces, el mal, el peor de tus males? ¿Peor aún que aquellos que se mofan de ti, te insultan, se ríen de tu habla, te golpean, te roban? ¿Soy yo, entonces, el peor de tus males?

Callar, callar, callar. Esperar a que la noche pase. Volver a comenzar. Tal vez la luz de un nuevo amanecer atenué mi pavor. Y pueda ser yo la madre que tú, Gabriel, que eres *La Fuerza de Dios*, mereces.

Dormir. Despertar. Que nada cambie. Que sigas a mi lado. Lucharé contra mi miedo. Te lo juro.



## XVII

Te miro dormir, apenas te mueves. Es el modo en el que has aprendido a amortiguar tus dolores. A anestesiarse la artrosis que te muele a palos.

De tanto rogar que mueras antes que yo para no quedarte solo, para que siempre durante toda tu existencia sean mis devotas manos de madre las que masajeen tu piel y la hidraten; de tanto clamar esa clemencia, a la vez demencia; de tanto suplicar la insania de mi corazón para salvaguardar al tuyo, a menudo te veo como si ya no estuvieras aquí.

Entonces recuerdo, con un pinchazo en la frente, a Miguel. Un amigo de la Facultad del que te he hablado, Gabriel, pero al que no has conocido. Hace ya demasiados años que su único hijo se suicidó. Según Miguel, y yo le creo sin fisuras, se mató porque era un ser demasiado puro, ternura absoluta. Al final no pudo, no supo asumir las injusticias, las violencias que vivía en el mundo alrededor. No sólo las que se ejecutaban (¡qué certera palabra, *“ejecución”*) contra él. Su despido, por ejemplo; el despido del más vulnerable, el que no se quejaría.

Pero también, decía Miguel, a su hijo lo abatía el ser partícipe pasivo, como todos nosotros, del mirar para otro lado cuando las pateras llegaban a mansalva, cargadas de desesperación hecha carne de la carne de un planeta muy enfermo; cuando la viuda pensionista era desahuciada con inusitada rapidez administrativa; cuando las bombas caían sobre los hospitales sirios sin causar estragos en la siesta de los ciudadanos europeos...

Un día le creció tanto temor a no ser capaz de afrontar más la realidad impuesta que, con un valor imposible de medir, se tiró a la vía del tren.

Miguel tardó cinco años en “recuperarse”. Nadie lo hace. Nunca. En todo caso. Pero llega un día en el que sientes que puedes volver a respirar por ti mismo.

Él, tan escéptico, tan agnóstico, sorprendentemente al fin pudo encontrar algo de paz. Ya lo he dicho, los “contrarios”. Lo consiguió. Gracias a un chamán. Un hombre piadoso que jamás le cobró nada después de la primera sesión, se crea esto o no. Imagino que el médium comprendió el excesivo dolor de Miguel. Y desde entonces, cada jueves, sin faltar una sola vez, supo regalarle lo único en lo que Miguel, sin siquiera saberlo, decidió encontrar consuelo.

Se reunían semanalmente. Primero fue en el gabinete del sanador, después siempre en la habitación intacta del hijo muerto. Allí, le decía a Miguel que contactaba con el chico. Y que invariablemente, le pedía que transmitiera a su padre que estaba bien. Que no se preocupara.

Así, Miguel, el descreído que sigue sabiendo él mismo que lo es, sin embargo, en la voz del chamán encuentra cada jueves el preciso lenitivo con el que encarar erguido las nuevas horas venideras. Alta la cabeza, el corazón latiendo.

¿Lo inventa todo el espiritista? ¿Puro embaucamiento aunque sea gratuito? Bendita sea la mentira que nos otorga la felicidad. Bienaventurada la quimera que sirve de andamiaje al aliento de un hombre abatido.

Por esto, seguramente, jamás he juzgado a Miguel. Porque toda necesidad del alma es justa y necesaria, nuestro deber y salvación. Amén y muchos amenes. Y porque ahora, Gabriel, mientras te miro dormir, intacto, puro, y, de tanto suplicar tu muerte, la veo ante mí, sé que, cuando faltes, daré toda la fortuna de mis pulmones por saber de ti cada semana. A través de la piedad de quien quiera que acepte engañarme para mantener a flote mi felicidad náufraga. Aunque sea una felicidad renqueante. Como tú renqueas cuando bajas la escalera de casa, cojeando hacia la calle, cubierto por la lluvia de oro de tu dignidad.



## XVIII

Otro viernes que quieres ir a una discoteca. Le has cogido afición al bailoteo. Y eso que cojeas. Aunque me dices que precisamente eso les gusta más a las chicas. Genio y figura.

Esta vez me dices que los otros amigos y tú habéis decidido ir sin monitores. Está visto que quieres matarme tú a mí. Habrás conocido el secreto atroz que guarda mi corazón y te empeñas en redimirme de ello. Siempre pensando en los que crees (o sabes) más frágiles que tú...

“Buen viaje, compañero”, te digo, como siempre, al verte marchar. No te pido que regreses pronto, que te cuides, que me llames con el móvil adaptado que acabamos de comprar. No hace falta. El beso firme y dulce que me das, en la mejilla primero y luego en la frente, apretándome mucho, mucho en tu abrazo, que casi me asfixia, lo dice todo, lo promete todo. Más de lo que puedo pedir.

En tu regreso, me parece ver el retazo de algo sombrío, diferente de otras veces que habías salido a divertirme. Pero tu ánimo, tu eterna alegría, tu risa me hacen pensar que ha sido un exceso de prevención. El miedo siempre. Puñetero miedo.

Seguramente porque mientras estabas en la disco con tus amigos he hablado por teléfono con Estela. Me ha dicho que su historia con Sergio no iba prosperar. Han estado saliendo más de un año. En algún momento incluso ya hablaron de irse a vivir juntos. Pero al final no podría ser. Me apena un poco. Sergio se llevaba muy bien contigo, Gabriel, y como es *fisio*, de los buenos de verdad, cuando venían a verte te daba unos masajes que te sentaban de maravilla. Pero lo que no es, no es.

En fin, que a tu regreso del baile, he querido creer que eran tuyas las sombras entrevistas. Equivocadamente, seguro. Las que vislumbro no están en tu mirada sino en mi conversación con Canarias.

Pero tengo que enterarme por la prensa, como un vulgar presidente del Gobierno español.

Al día siguiente. Desayunando en la cafetería de al lado de mi trabajo. Es Jesús, el encargado, el que me acerca el periódico con la noticia. *Este, ¿no es tu hijo?*, me dice señalando la pobre fotografía en blanco y negro. ¡Y tanto que lo eres!

*“Prohíben la entrada en un discoteca a un grupo de discapacitados, incluidos chicos con síndrome de Down”.*

Ya en casa no tienes más remedio que contármelo todo. Mis propios pensamientos interfieren en mi cabeza con tus sólidas explicaciones. *“Te me has hecho mayor, hijo mío, muy mayor...”*.

*Vale, mamá. No te lo ccccooonté anoche porque ya lo habíamos resuelto nosotros. Y para no preocuparte siendo tan tarde. Y para evitar que te pusieras triste, ccccooomo siempre. Que no hace falta entristecerse, mamá. Así es la vida. La de cualquiera...*

El *“te me has hecho mayor, hijo mío, muy mayor...”*, viene a mi cerebro cada dos por tres. Estupefacta, sin alcanzar a comprender, definitivamente, que la sociedad te cuelgue el apellido de discapacitado.

Los seguratas de la puerta os habían impedido entrar, sin más ni más, sobre todo por tus amigos con síndrome de Down. Y también, me temo, por ti, tus ojillos achinados y tu multidiscapacidad.

Pero no sabían con quién se jugaban los cuartos. Ni cortos ni perezosos os presentasteis en la comisaría más cercana. Contigo al mando, pusisteis una denuncia por discriminación. Ante la estupefacción del policía encargado de redactar el atestado. Al que al chequear vuestra declaración le corregiste dos faltas de ortografía. Zeus nos asista.

Después, con la copia del documento, cogisteis el Metro y os presentasteis en la redacción del periódico que yo he leído esta misma mañana.

No hace falta que me cuentes nada más, claro. Pero, con tu extraña sagacidad de discapacitado (discapacitado ¿de qué?), aún, con sorna, me sueltas: *Mamá, yo creo que tenían miedo de que les quitáramos las novias a los otros. Ccccoooooo yo bailo de cine con mi ccccooooojera...*

Investigaciones, peritajes, recursos, instrucción del caso. Por fin, el juicio. Con sus cargas de profundidad causando inimaginable asombro. Estupor judicial resumible en la antológica intervención del abogado defensor de la discoteca. Durante la vista interrogó a uno de tus amigos, sordo de nacimiento. Comparecía con una intérprete de lengua de signos. *Para el interrogatorio de mañana, que venga solo la señorita que traduce los gestos, por favor, o este juicio va a durar una eternidad*, dijo el letrado iletrado al acabar la declaración del muchacho sordo. Solo tu amigo, al leer en las palabras signadas de su intérprete la inefable ocurrencia del leguleyo, se tapó los ojos con sus propias manos. Para esconder su llanto, y creando, tal vez, un nuevo signo, el que definiría la incapacidad de comprender la dimensión de una idiotez como aquella. La jueza, para evitar males mayores, aprovechó la coyuntura y se hizo magistralmente la sorda, sobrevenida. Pero tanto el juicio como la rotación de la tierra siguieron imperturbables su curso.

Tres años tardó el fallo. Ganaron Gabriel y sus amigos. Y el mundo entero.

Pero eso el mundo, tan discapacitado mundo, ni siquiera acertó a entenderlo.

## XIX

Claro que hay tantas y tantas cosas que son demasiado difíciles de entender...

El otro día asistí en la Asociación a un debate sobre tutela e incapacitación y sobre la esterilización forzosa.

Se montó una de órdago. Mi amiga, mi cómplice, defendía a capa y espada que le prohibiría como fuera a su hija quedarse embarazada. Porque no podría cuidar a su hijo. Si ella misma apenas se mantenía en pie.

Algunos la apoyaron. Decían que si su hija le daba un nieto se lo daría, pero literalmente. A mi amiga. Porque la madre, discapacitada, no podría cuidarlo. Entonces ambos recaerían sobre ella. Al parecer a nadie se le ocurrió pensar que los niños no vienen al mundo por generación espontánea, que siempre habría un padre con su parte alícuota de responsabilidad y deberes de progenitor.

Claro que no era yo quién para aportar esta idea, habida cuenta del espeluznante mutis por el foro, más bien

por el forro, el de los cojones, que el muy cobarde de mi difunto esposo había hecho con Gabriel, hijo que no fue suyo más que unos meses.

También los hubo que hablaron de los derechos humanos, y de abolir el sistema de tutela como único modo para promover medidas de apoyo para la toma de decisiones. Alguien citó no sé qué país nórdico, donde han creado la figura del Custodio Personal de cada discapacitado. Un profesional independiente que trabaja exclusivamente en nombre de la persona discapacitada estableciendo una relación de confianza con ella para prestarle apoyo a la hora de tomar sus propias decisiones y llevar una vida autónoma. Todo en función de los recursos con que cuente la sociedad: casas tuteladas, asistentes personales, centros de atención y un largo etcétera de sueños paradisíacos.

Enseguida saltó alguno con que eso sería muy bonito, pero que en España no había dinero suficiente. Y me oí a mí misma decir en voz tampoco suficiente, suficientemente baja *“hombre, por euros no será, con lo que nos gastamos en poner un AVE en la puerta de la casa de cada ciudadano, o lo que le hemos soltado a la banca para recuperarse de todo lo que nos han robado...”*. Como alguien oyó lo que yo dije, se organizó cada vez más lío. Hasta que aquello pareció el parlamento ucraniano.

Aunque el momento más espeluznante sucedió cuando mi amiga, como para congraciarse consigo misma, dijo que bueno, que una cosa era una cosa y otra las esterilizaciones forzadas. Qué barbaridad, cómo se

podía llegar a hacer eso a una hija. Aunque ella, por supuesto, le prohibiría a la suya tener relaciones sexuales en cuanto llegara a la pubertad. Si llegaba.

La asistente social invitada al coloquio decidió que era el momento de lanzar una bomba atómica y disolver la reunión y entonces dijo: *“pues eso es una esterilización de la mente, querida amiga, lo siento, es así. Denegar el derecho a ser madre...”*.

Vi hundirse a mi amiga, mirarme desde su asiento, ahogándose. Pero yo también había recibido el impacto de artillería en mi propio pecho, abriendo en él una trinchera llena de sueños moribundos...



## XX

“El hombre propone y Dios dispone”. La frasecita se las trae. Aunque no sé si prefiero el proverbio bíblico del que parece verdaderamente provenir: “El hombre dispone su camino, pero al Señor corresponde dirigir sus pasos”.

Y con lo que sin duda me quedo es con el chiste chusco, tan hispánico, de nuestro imperio, inmortal siempre y por siempre él. Hoy aquí me viene que no veas: “El hombre propone, Dios dispone, y la mujer descompone”. ¡Qué jocosidad! Me parto. ¡Hombres!

En fin, hijos, Gabriel, Estela, no sé si alcanzaréis a leer estas notas. Evidentemente se están escribiendo con ese propósito. Pero me he dado cuenta de que no tengo el ánimo como para avisaros de su existencia. Dejaré que el azar obre. Como me sucedió con ciertos papeles de vuestro abuelo Fernando.

Después de la aparición, prevista o sorpresiva, de la Parca, llegada la hora de recoger la casa del difunto, lo

habitual es que se haga no solo con la vista enturbiada por la tristeza, sino siempre con prisas. Se empieza por hacer acopio de ánimo. Luego los deudos se reparten las tres o cuatro cosas “de valor” de la casa de los padres. El resto se manda a un vertedero.

Así me ocurrió a mí. Hija única que fui, al fallecer mi padre e, inmediatamente, en apenas dos semanas, mi madre. El peso del dolor no podía compartirlo con nadie. Entonces ni conocía a mi futuro exesposo, Javier. Me quedé una vajilla, un par de damajuanas de vidrio verde y los libros “buenos” de mis padres. Todo lo demás, al punto limpio. Alguna cosa me daba pena. Las figuritas de Lladró, no. Pero, menos mal, por casualidad, amontonando libros de colecciones de quiosco de periódicos, pésimamente encuadernadas, encontré un pequeño cuaderno de espiral, de los baratos, vulgar y corriente.

¿Por qué lo abrí en vez de lanzarlo a la pila de objetos que se iban a convertir por mi sola decisión en basura, en pasta de celulosa para reciclar o en combustible para una incineradora? Lo dicho, las obras del azar.

Eran una especie de breves memorias de vuestro abuelo Fernando. Reseñas de acontecimientos relevantes de su vida acompañadas de reflexiones sobre la existencia. No sé si mi madre tuvo conocimiento de ello. Yo, ni idea.

Aún lo conservo. La inocencia de sus pensamientos me descubrió un padre que yo no había conocido. Nadie conoce a nadie hasta el fondo.

Así que en el caso de este, de mi propio cuaderno, actuaré del mismo modo. Si lo encontráis y lo leéis, bien. Si no, no pasa nada.

Bueno, supongo que esta decisión la tomo por inseguridad, por miedo. Porque no sé si os enfadará o si os entristecerá alguna de las cosas que aquí he venido escribiendo. En especial la confesión que voy a haceros ahora. Lo de mi cáncer de páncreas. Hala, ya está dicho.

Fulminante. Ese es el adjetivo que siempre acompaña a este tipo de cáncer. Es incurable. Lo que pasa es que en mi caso esa no es *toda* la verdad.

De esto de mi páncreas os habéis enterado hace apenas dos meses. Y, como me temía, ello ha trastornado todo nuestro equilibrio. Estela, tú has pedido una excedencia y te has instalado con Gabriel y conmigo en casa. Mientras he podido seguir con una vida “normal” aquí, esperando el momento inevitable.

El que acaba de llegar. Ahora ya toca hospitalizarme. Para nada. En fin, apenas para hacerme más llevadero el tema del dolor. Amén de facilitar los papeleos y todo lo concerniente con la espantosa logística de la muerte. También para que no recordéis mi dormitorio en casa conmigo apagada ya sin vida. Esa herencia no quiero legárosla. Prefiero que en vuestro imaginario el hogar tenga solo el retrato de la alegría y la felicidad que vivimos juntos.

Esto no lo entenderán otros, los que aún hoy creen que lo que se hospedó de okupa entre nuestras cuatro paredes, desde la llegada de Gabriel, fue el infortunio.

¡Ignorantes! He vivido, hemos vivido, casi treinta años en una atlántida de ilusión permanente con este milagro tenaz que eres tú, Gabriel. Que te has hecho mayor, y tanto, pero que siempre, literalmente, has seguido y seguirás siendo un niño de nueve años. Rebotante de alegría, desconocedor del miedo, rico en inocencia y, sobre todo, investido de inimaginable generosidad, de sensibilidad para superarlo todo. Y demostrarlo sin sentir vergüenza.

Ningún dios, ningún sabio del universo acertaría a crear un ser tan indispensable. Por mucho que estudiara o lo deseara. Dueño eres, hijo mío, de un amor imperecedero a cada minuto, que es lo que más te diferencia de los que se creen personas sin ninguna discapacidad. Porque no consideran lo mucho que han perdido en el proceso de hacerse “mayores”. Hasta convertirse tantos de ellos en seres demasiado prescindibles... Por mucho que esos mismos hayan podido ser presidentes de grandes empresas, electricistas, subdirectores generales, sindicalistas o inventores de lo que sea.

Lo dicho, dentro de un par de días me ingresan. Aguantaré allí, según dicen, una semana o poco más. O poco menos.

Estas son las últimas líneas que escribo en este cuaderno. Lo dejaré colocado entre los libros de casa, some-

tiéndolo al azar de vuestro encuentro o del rumbo hacia la incineradora del ayuntamiento.

Así que es el momento de explicaros. O, mejor, apenas contaros, pues ni yo misma me explico nada. Contaros dos cosas. Una de ellas para que os enteréis por mí y no por otros, los de las batas blancas. La otra tiene que ver con el proverbio “del proponer y el disponer” que citaba al principio.

Fulminante. Sí, el cáncer de mi páncreas. Fulminante. Éste. Otra cosa es el original, el primero, el de colon que me diagnosticaron hace varios años. Os lo cuento ahora porque me temo, lo que decía antes, que lo mismo os podráis enterar por alguno de mis médicos. Y quiero “justificarme” para que no os duela.

Sí, hace bastantes años me encontraron un cáncer de colon. Decidí no tratármelo. Y se fue extendiendo hasta que ahora ha llegado la estocada final, la puntilla con mi páncreas. Después de haber ido afectando, sucesivamente, pero sin fortuna bastante para la Muerte: mi hígado, un riñón y qué sé yo qué más en los intestinos.

Pero yo siento que he ganado. Y espero que me deis la razón. He ganado tiempo. Tiempo nuestro, Gabriel; también tuyo, Estela. Pero, hija, tú ya entiendes qué mayor dimensión han tenido para mí, en mi corazón, los días con Gabriel, unido a mí. Tú vuelas libre, Estela, y menos mal, desde los dieciocho años. Gabriel necesita de mis alas.

Según me dijeron entonces los médicos, debía operarme el colon y tratarme. Pero ante mi pregunta de qué podía suceder si no lo hacía, respuestas llenas de asombro me confesaron que nunca se puede saber. Lo más razonable, para ellos y sus protocolos, era la cirugía y la quimio. Evitar una posible metástasis.

Seguí preguntando y me confesaron que ni siquiera la operación garantizaría que no se extendiera mi cáncer. Si no me operaba, considerando mi edad, a la que el cáncer de colon, ese no, no suele ser “fulminante”, también podía ocurrir que la afección de mi interior creciera a un ritmo lento de años. Aunque no se privaron de advertirme, alarmados y molestos por mi impertinencia. Serían años en los que tendría que convivir con terribles dolores.

Nada que no conociéramos de cerca y con profundidad en casa. Pero eras tú, Gabriel el que los sufría. Sin una queja, sin un gesto. El ejemplo lo tenía a mano y bien presente.

La decisión estaba tomada, como convendréis conmigo. Ha sido la mejor. Yo no podía operarme, sometirme a la quimio. ¿Quién iba a hacer compañía a Gabriel, quién te cuidaría? Aposté por el riesgo. Y gané. Gané la partida. Todos estos años en que he podido seguir contigo, hijo mío, cada día, han sido un regalo incalculable. Cada día. No hay más que hablar. He ganado.

Y ahora, la segunda cosa que os quería “confesar”. El tema de que “el hombre propone y dios dispone”. En fin,

que todo esto de mi cáncer vino a trastocar mi más firme deseo. Al final va a dar al traste con mi sola esperanza. Lo único que he suplicado en mi vida a los dioses o a lo que sea que haya que rija el universo. Si es que hay algo, más allá del puro azar (del que tanto he escrito hoy). El puro azar dirigiendo el infinito y a sus ciegos habitantes. *Habitontos*, mejor dicho, que somos los humanos de la Tierra.

Que desaparezco antes que tú, Gabriel, hijo mío. Yo, que, con todo el inabarcable amor de mi corazón, llevo tantos años de tu vida deseando que tú te marcharas antes que yo. Para no dejarte solo en este mundo de espanto. Estará también lleno de buena gente, el mundo, no lo dudo. Pero inevitablemente de tanta, tanta Maldad, con su espeluznante mayúscula, que lo mejor para ti siempre he creído que sería irte acompañado. No tener que afrontar infamias e injusticias tú solo. Por mucho que esté Estela. Su deber de hermana es vivir su propia vida, no la tuya. Mi deber entonces creí que era sustraerte de la vesania del mundo y de sus gentes. Como hizo el hijo de mi amigo Miguel.

Pero tu inabarcable inocencia no alberga la idea de la muerte, Gabriel. Y tampoco en mi infinito amor cabía más que desear que te llegara, no causártela. Así que lo único que estaba en mi mano era rogar, suplicar.

Al final no se me ha concedido el deseo de tu marcha. ¿Por qué iba a ser de otra manera? Si nadie dirige los designios de la creación. Si el azar no tiene manos con las que cambiar el curso de los planetas a su capricho.

Tú, Gabriel; tú, Estela, entendéis. Estoy segura, entendéis. Lo que otros no podrán jamás. Ellos se llevarán las manos a la cabeza, espantados. Vosotros sabéis que tengo razón. Salvo en una cosa, que he acabado por comprender. No soy yo quién para decir qué es lo mejor o no para ti, Gabriel.

Y aunque sí lo soy para tener mis convicciones, sin embargo, no hice nada más que rezar porque sucediera. Sin interferir en tu propia voluntad de vivir, esa que te desborda. Por mucho que me duela saber que tendrás que vivir la injusticia y el sufrimiento.

De modo que bien está todo como es. Tampoco voy a rebelarme a estas alturas, con siete días por delante enchufada a goteros de morfina en los que vendrá, dulcemente y sin dolor, mi apagamiento. Sin consternación para mi cuerpo. Después de tanto padecimiento que he pasado estos años, apenas me da por sonreír.

Así sucederá como es debido, sin desconsuelo para vosotros, hijos míos. Apenas me veréis unos pocos días en un hospital. Con los paliativos suficientes para que mi rostro solo os exprese serenidad en este último acto de la tragicomedia de mi vida con vosotros. Una vida que no me habría perdido por nada del mundo.

Queredme en las horas y en la distancia, hijos. Hice bien. Os lo aseguro. Gané. Gané. Ganamos. Ganamos tiempo. No existe otra cosa en la vida humana. Tiempo. Esa es nuestra única fortuna. Y yo la he conservado hasta más allá de lo imaginable.

Me voy feliz. ¿Se puede decir algo más importante? Imposible. He sido testigo de la belleza y la bondad infinitas. Eso habéis sido para mí, Estela, Gabriel. Belleza y bondad. Y cuando algo así se combina, surge indefectiblemente por algo innombrado que lo crea del vacío, sin necesidad de dioses, génesis, bigbangs, ni nada parecido. Belleza y bondad como la vuestra solo pudo haber nacido en mí, de mí.

Ese innombrado Creador, dueño del poder de hacer emanar realidades desde la Nada, es el Amor. El Amor. Nuestro Amor, hijos. Y como el Amor está más allá de las simples dimensiones del Tiempo y el Espacio en que bracean torpemente los humanos, aunque yo ya no estaré con vosotros dentro de unos días, cuidadlo; cuidad ese Amor.

Entonces tendréis el antídoto contra todo lo oscuro, lo sucio, la maldad, la fealdad. Cuidad de nuestro Amor y estaremos siempre juntos. Seremos eternamente felices.



## XXI

Bueno, ya. Gabriel y yo hemos regresado juntos, en Metro. Del entierro de mamá. Se ve en nuestras miradas lo orgullosos que nos sentimos el uno del otro. Y de nuestra madre. No es fácil encontrarse en una sola vida con alguien tan grande como ella. Y ya lo absolutamente inconcebible es la grandeza de mi hermano.

Antes de ayer, en el hospital, la repanocha, el laurel de oro de una existencia como la suya, trufada de nobleza.

Nos disponíamos a despedirnos de mamá. Justo antes de la sedación que pondría fin a los inmensos dolores que tenía, por mucho que los disimulara.

Los tres llorábamos. Por qué no. El llanto a veces puede no ser amargo, por mucha tristeza que se derrame en él.

Nos dijimos las últimas frases. Mamá, como siempre, quitándole hierro al asunto. Aunque el asunto era ya el definitivo. Sonriendo. Divertida, sermoneándonos por adelantado por cualquier cosa que fuéramos a hacer cuando ella ya no estuviera. Regañándonos como siempre lo hizo, como el que está jugando, gastando bromas. Pero dejando en nosotros dos, siempre, su mensaje. Darlo todo de uno mismo, hasta las propias contradicciones, es la única manera de crecer desde nosotros y en nosotros; el único modo de hollar dignamente este mundo; la sola oportunidad para ser en la historia algo más que una sombra inane. Prescindible.

Yo no pude hablarle, solo acaricié su bello rostro. Se había mantenido a salvo de los embates del paso del tiempo y la enfermedad. Pero me compungió descubrirlo ya entregado para ser desmadejado por el punto final. Diminuto punto pero en el que cabe toda una vida consumada. Mis ojos le hablaron a mi madre. Le dijeron todo lo que no podía expresar allí con mis palabras. Pero la elocuencia tiene también sus propios, sus otros recursos. Cuando la voz no alcanza a salir del pecho.

Y por fin hablo Gabriel. Con lo que le costaba desde niño pronunciar la “co”. Yo creo que nadie habría sido capaz de encontrar en aquel preciso y supremo instante, más “cos” en una sola frase. “Ccccoooo...”. En aquel minuto definitivo, como si un tsunami de luz y claridad lo hubiera arrebatado sin concesiones, para elevarlo muy por encima de donde uno puede soñar, Gabriel le dijo a nuestra madre, de un tirón, sin trabucarse, sin tartamudear un ápice, con una limpieza de voz solo comparable

a la de su corazón eternamente inocente, Gabriel le dijo: *“Confía en mí, mamá. Todo va a ser como tú querías. Voy a sentirte conmigo siempre. Voy a estar contento. Haré amigos, tendré colegas. Seguiré yendo al colegio. Compartiré mi tiempo con la gente. Pero te pensaré todos, todos los días. Como eres, como has sido: la madre más buena del mundo. Te quiero, mamá. Confía en mí. Voy a estar bien, como en la gloria. Buen viaje, compañera”*.

Y mi madre ya cerró los ojos. Feliz.



La nueva novela de Jaime Alejandro, *“Buen viaje, compañero”*, en una contenida y esencial narración, nos ofrece la travesía vital de una madre y su hijo. Marcados por una circunstancia de tal envergadura que aboca a uno de ellos a la situación más extrema, más inimaginable para un ser humano. *“El día que quise ver morir a mi hijo”*, así comienza esta historia de la que ya no podemos separarnos. Absorbente y estremecedora, a la búsqueda de la contundencia de su mensaje con la mayor economía de palabras e imágenes, esta *nouvelle* zarandeará las conciencias de sus lectores.

Relato en el que también se revela el terrible poder destructor del miedo. Y la titánica lucha contra ese sentimiento que en verdad envenena a la inmensa mayoría de personas. Profundos seres limitados, sí, nosotros, todos, que vivimos en la desgracia de sentirnos poseídos por el temor.

Pero en estas terribles páginas, sin embargo, no se trasluce la desesperación, no cala la amargura, sino la luminosidad de la vida finalmente aceptada y celebrada.

Según Jaime Alejandro, esta novela nació en él impulsada por muchas fuentes de inspiración. Ejemplos de vidas de familias reales y reflexiones audaces, como las de Saulo Fernández, psicólogo social: *“¿Cómo nos sentiríamos si percibiésemos que somos irrelevantes para los otros? ¿Si detectásemos que, aunque sea de forma sutil, pero generalizada, las personas que nos rodean no nos tienen en consideración para la interacción social con el mismo grado de entusiasmo que al resto? ¿Y si sospechamos que ese déficit social se debe a alguna característica que nos define como individuo ante los otros o ante nosotros mismos a la que no podemos renunciar como, por ejemplo, el aspecto físico? Sentirse ignorado o no tenido en consideración por los otros debido a una característica esencial de nuestra persona produce una sensación profundamente humillante. Ser ignorados por los otros, no ser relevante como persona para los que nos rodean en el mismo grado en que suponemos que el resto de personas lo son, produce un sentimiento profundamente denigrante de humillación”*.

Pero cuando unos humanos se dedican intencionadamente a intentar humillar a otros se produce algo siempre todavía peor que la discriminación. La discriminación restringe, roba, limita derechos, pretende evitar que un ser humano pueda desarrollar por completo sus potencialidades. Pero el objetivo de la humillación es aniquilar la fibra más íntima de la propia humanidad de una persona, destruir la naturaleza misma de su ser.

Contra ello, Alejandro opta por la única defensa posible, el amor. Amor más allá de nada imaginable. Así se nos confiesa: *“El día en que desee con todo mi amor ver morir a mi hijo”*. Historia para quien sabe desprenderse del lastre de los prejuicios y aspira a ser cautivado por el triunfo de la dignidad.

